

EL LABERINTO Y EL HILO

Ruidos: Disciplina y Solidaridad

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Ya era tiempo de que se pusiera fin, con mano firme, al estrépito urbano y no por amor al silencio en sí, sino en aras de la salud psicológica de los habitantes de la ciudad. Así como hay pocas ciudades en el mundo en las cuales la irresponsabilidad automovilística llegue a los extremos que alcanza en Lima, hasta la adopción de la reciente medida contra bocinas y escapes libres, esta capital era una de las muy escasas del orbe en que campeaba a sus anchas esa especie de sádico del ruido que en cualquier encrucijada del tránsito se las tomaba con los tímpanos ciudadanos. Por reglamentos y disposiciones al respecto no nos quedábamos atrás, pero como es sabido la ley, de acuerdo a una secular tradición, no se acataba. Primero la evadían los influyentes y luego esa excepción sentaba el precedente que sucesivamente amparaba a todos los demás infractores. En esa cuestión, como en tantas otras, el problema se inició con la quiebra de la autoridad policial: en adelante se instauró el caos. De ahí que quepa preguntarse si el impulso de estos días no será un fugaz relámpago de decisión que pasará como pasaron antes las disposiciones relativas al empleo de "claxons", y como se olvidaron, además, las que normaban el estacionamiento, el orden en los cruceros, la velocidad máxima, etc. Disciplina es, ante todo, conciencia en la población de que algo —acuerdo tácito o expreso— conviene a todos por el bien de todos.

Ya se sabe que la ciudad moderna es un rico caldo de cultivo de los desequilibrios mentales, desde las más variadas neurosis individuales y hasta las crisis más graves del espíritu colectivo, y cuando se alude a la salud pública en relación a los ruidos no se exagera. No hay reposo posible, no hay paz interior, no hay vida armónica, si nos sobresalta a cada instante el bocinazo o la explosión de un motor que repercute dentro de cada persona como una descarga emocional inesperada y brutal. La multitud, entonces, camina por las calles, trabaja en las oficinas, discurre en su hogar, existe, en fin, irritada y agresiva. Un día cualquiera ese estado de excitación llega a un punto crítico, y ya tenemos a un desdichado al otro lado de la frontera. La consideración de este peligro debiera obrar naturalmente en quienes manejan un coche, tienen una radio encendida con el altavoz hacia el exterior, vocean algún producto para su venta. Pero, en general, aquellos que abusan de estos instrumentos o formas de la vociferación padecen ya de cierta deformación o insania. Su propósito es proyectar al resto el enervamiento de que sufren. Estábamos al borde, pues, de convertirnos en una comunidad de locos sueltos.

La reflexión anterior puede aparecer como excesiva. La falla, sin embargo, de las relaciones humanas entre nosotros es la falta de solidaridad. Uno estaciona el auto todo el día en un lugar y no piensa en los cientos que, para realizar una gestión, requieren ese espacio por unos minutos; otro cruza una bocacalle con luz roja porque le gusta la prisa, sin poner atención en que es posible que alguien, confiado en el semáforo, atravesase ese punto sin reparar en amenazas; aquél lleva su vehículo como en una competencia contra el reloj sin importarle el resto que obedece el límite de velocidad que la ley establece; éste pone la mano en el botón de la bocina durante unos minutos, aunque con ello no solucione nada y simplemente porque quiere expresar su ánimo prepotente. Si espontáneamente no se da la solidaridad y, por ende, la disciplina, es preciso enseñarlas. Enseñarlas a todos, aún al que por su apellido, posición, título o carácter cree que está por encima del nivel general.